

Solidaridad activa

FABIÁN LAESPADA MIEMBRO DE LA COMISIÓN PERMANENTE DE GESTO POR LA PAZ

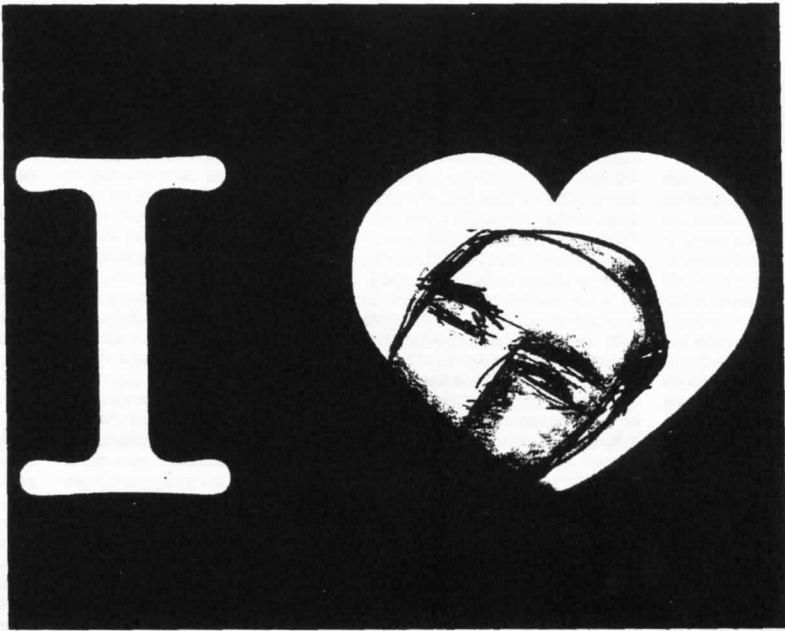
«Todos nosotros tenemos que ser la prolongación de ese compromiso social de quienes se presentan (a las elecciones) con alto peaje para su tranquilidad, de tal manera que nuestra solidaridad y cercanía les haga ver que tienen detrás a una ciudadanía que, más allá de lo que luego cada cual deposite en la urna, apoya su necesaria labor», dice el autor.

Silvio Rodríguez nos contaba y cantaba, hace más de veinte años, la fábula de tres hermanos que se echaron al mundo, cada cual con una forma distinta de caminar, pero cada uno de ellos con un error de partida. Uno miraba tanto hacia el horizonte que tropezaba con la piedra inmediata en sus pies. Otro, por el contrario, sólo anduvo atento al hoyo que no había de pisar y el cuello ya no se le enderezó y se quedó con su corta visión. El último, el más listo, con una pupila a lo lejos y la otra frente a sus pies, caminó mucho más, pero bizco se nos quedó. Ninguno de los tres llegó lejos. Me he acordado a menudo de esta canción cada vez que constato alguna de nuestras actuaciones individualistas y desdefiosas, porque en cierta manera hay un comportamiento de 'allá los demás', como si fuéramos de un solo trazo, como si tuviéramos un único modo de ver y entender las cosas de nuestro alrededor. Y, ciertamente, estamos con las pupilas extraviadas, porque parece que hemos perdido el sentido del trabajo conjunto y consensuado, del pacto como forma de aglutinar la mayor cantidad posible de adhesiones y, en consecuencia, de constituir una sociedad que, más allá de sus errores o confusiones, no pierda de vista que lo importante, lo básico, es decir, la convivencia en libertad, que eso ni se cuestiona y que en eso somos una piña. Y se echa en falta que lo digan todos.

Estamos atravesando un fuerte temporal que arranca de la visión excluyente y particular de que lo que cada cual propone es la única solución posible y que el resto está a la deriva, sin reparar en modo alguno en las consecuencias de semejantes codazos. La democracia es voluminosa, caben muchas ideas, todas las palabras, pero no admite cualquier forma de articularlas. En ella cabemos todos los que aceptemos un mínimo de reglas convivenciales, sin imposición, con el arma de la palabra como ariete. En Gesto por la Paz siempre hemos estado en esta orilla de las reglas de juego, siempre hemos respetado cuantas propuestas nazcan y preserven el respeto a los derechos humanos, los principios democráticos y sean capaces de aguantarse con los hilos de la palabra. Hemos reconocido con sinceridad los logros obtenidos, sin deficiar el marco en el que nos encontramos pero tampoco tumbándolo con ese desdén que ahora tanto se estiliza.

Pero el tablero en el que se dirime/conforma esta democracia lleva -desde hace excesivo tiempo- en esta tierra nuestra un aspa, una equis, una cruz, un no apto, un borrón... que enturbia groseramente su sentido: tenemos un problema de violencia ejercida por unos fanáticos, una estrategia terrorista que trabaja para el capricho de unos pocos, a costa de la humillación, aislamiento, desistimiento y hasta eliminación física de muchas personas que representan -y son arte y parte- a un gran corpus de la ciudadanía vasca. Han transitado de asesinar por el uniforme a asesinar por la ideología, del bombazo terrorista para amedrentar a la población y arrodillar al Gobierno en una negociación al bombazo donde se pueda y como salga, igual da.

Y desde hace algo más de tres años -lo llevamos desde entonces denunciando a pie de calle- pusieron en marcha la estrategia de la amenaza individualizada, el acoso con desti-



JOSÉ IBARROLA

nario concreto, con nombres y apellidos, con espeluznantes muestras del más solvente terror solapado pero efectivísimo: enviar al acosado una copia de la llave de su portal, quemarle el coche a él o a su primo, atacar el comercio de su cónyuge o familiar, pintarrapear con insultos ('zu hurrengo': 'el próximo eres tú') el ascensor, colocar impunemente una pancarta insoportable delante del domicilio, destrozarle a uno la Nochevieja con amenazas de muerte y cánticos desde el portal, enviar misivas -anónimas, claro, son increíblemente valientes- en las que dejan caer que conocen los horarios e itinerarios de los hijos, colocar un animal degollado en el parabrisas, y, en fin, lamentablemente un largo etcétera.

Estamos en tiempo de elecciones, lo cual siempre -desde que tenemos esta mejorable pero importantísima democracia- ha sido un motivo de ilusión y esperanzas para los candidatos y una suerte de ánimos renovados y anhelos en los demás ciudadanos, algo no exento de críticas razonadas de muchas personas hacia sus representantes, a los que sólo ven por estas fechas. Pero lo que quiero destacar es que esa ilusión, esa sana pugna por conquistar el voto, ese juego más o menos regulado y no muy sucio, está empañado, tiene el virus de la intolerancia metido dentro, no se va a poder desarrollar en plenas condiciones de igualdad. El grupo terrorista asesino de personas e ilusiones y sus irredentos monaguillos han escrito que están amenazados de muerte todos aquellos que se opongan a su autodenominada causa nacional o, sencillamente, que no trabajen en pos de ella. En su espeluznante línea, vamos.

Así que en esta organización pacifista estamos persuadidos desde hace ya bastante tiempo de que la solidaridad es un término muy magro como para que se disuelva sin más en un tímido rechazo de la violencia, ya que va mucho más lejos y se demuestra en la acera o en el bar, se vive, se trabaja, se abraza, se traspasa, porque el perseguido la necesita de verdad. Convencidos de que la cercanía y el contacto con el amenazado suponen reparar su dignidad como persona y su valor como representante de la ciudadanía, hemos tratado de ser vecinos del perseguido, hemos pretendido encauzar también el apoyo de sus paisanos y, de paso, hacerle llegar un ramo de solidaridades y calor humano de tantos que no se lo decimos pero que sí lo sentimos.

Estuvimos con Patxi y Jakes, con Aniceto, con Antonio y Dimas, con Santi, Raúl, Ana y Mikel, con M^a Carmen y sus hijas, y con

muchos conejales y amenazados desde Zarautz o Mallabia-Ermua hasta Salvatierra. Y en Durango, corazón de Euskadi y lugar de resistencia y convivencia ética ante la violencia, estuvimos expresándonos a todas y a todos los que se presentan, especialmente en las candidaturas amenazadas, que les estamos muy agradecidos por el valor que anteponen a la comodidad que a todos nos asiste y porque contribuyen a impedir que se derribe la democracia.

El dolor o la herida que no tiene drenaje, que no deriva hacia su alivio, acaba resultando insufrible. Así que todos nosotros tenemos que ser la prolongación de ese compromiso social de quienes se presentan con alto peaje para su tranquilidad, de tal manera que nuestra solidaridad y cercanía, en cierta medida, encauce esa presión y les haga ver que tienen detrás a una ciudadanía que, más allá de lo que luego cada cual deposite en la urna, apoya su necesaria labor. Les necesitamos para que nos representen -cosa primordial en democracia- y a la vez necesitan que nosotros estemos cerca de ellos.

Por otra parte, y siendo conscientes de que son cuestiones de muy distinta naturaleza e importancia, observamos con verdadera preocupación la alarmante situación por la que está atravesando nuestra democracia a causa de la oscura forma de ejercer el poder legislativo e intentar contaminar el judicial. Pretendiendo eficacia en la lucha antiterrorista, se encuentran en la cuerda floja principios fundamentales de nuestro sistema democrático y el derecho a la representatividad política. Nos parece que la aplicación de la Ley de Partidos en lo referente a la sucesión de clones políticos no cumple las garantías básicas exigibles, al limitar un derecho fundamental del sistema democrático: participación política. Ha resultado muy sospechosa esa extraordinaria brevedad de los plazos, esa unificación de todas las impugnaciones o la inexistencia de un trámite de prueba con las debidas condiciones. Estamos ante una cuestión grave y requiere una valoración serena y seria de lo que se ha dirimido en los tribunales. Mejor que estentóreas reacciones de cara a la galería, habrá que valorar y -en su caso- instar a corregir los errores cometidos. Parece necesario recordar a quienes se esfuerzan por extinguir el terrorismo que la democracia y el Estado de Derecho hay que aplicarlos siempre y para todos, quizás con más convicción todavía a quienes pretenden tumbarlo. Defender una democracia de calidad no será nunca complicidad con el asesino o el liberticida, sino desenmascarar, aún más si cabe, su falacia argumental y su totalitarismo intolerable.